

«ROMÁNTICA E INOLVIDABLE»,  
NICHOLAS SPARKS, AUTOR  
DE EL CUADERNO DE NOAH

# El mapa que me lleva a ti

J. P. Monninger

CROSS  
BOOKS

# El mapa que me lleva a ti

J. P. Monninger



CROSSBOOKS

infoinfantilyjuvenil@planeta.es

www.planetadelibrosinfantilyjuvenil.com

www.planetadelibros.com

Editado por Editorial Planeta, S. A.

Título original: *The map that leads to you*

© del texto: Temple Hill, LLC., 2017

Publicado mediante acuerdo con St. Martin's Press, LLC. en asociación con International Editors' Co.

Todos los derechos reservados

© de la traducción: Liwayway Alonso, 2018

© Editorial Planeta, S. A., 2018

Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona

Primera edición: junio de 2018

ISBN: 978-84-08-18807-0

Depósito legal: B. 10.211-2018

Impreso en España – *Printed in Spain*

El papel utilizado para la impresión de este libro es cien por cien libre de cloro y está calificado como **papel ecológico**.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web [www.conlicencia.com](http://www.conlicencia.com) o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

# 1

Cómo son las cosas; el resto de la historia no habría sucedido de no ser porque el tren a Ámsterdam iba repleto. Estaba tan lleno que resultaba grotesco. Todo el mundo peleaba por un hueco, indignado porque había sobreventa y el tren iba abarrotado, de modo que cuando conseguí un asiento bajé la cabeza y procuré no levantar la vista. Iba leyendo *Fiesta*, que es el típico tópico, claro: una chica recién licenciada que lee a Hemingway en su primer viaje a Europa en compañía de sus dos amigas..., pero me daba igual. Ya había obligado a Constance y a Amy a beber café y coñac en Les Deux Magots, había paseado por la margen izquierda y me había sentado sola con las palomas en los jardines de Luxemburgo. No quería marcharme de París. No quería dejar sus amplios bulevares, los hombres que jugaban a la petanca en las Tullerías, los cafés, los ásperos tragos de café fuerte, las graciosas bocinas de los ciclomotores, los cuadros y los museos y los apetitosos crepes. No quería dejar sus madrugadas, cuando los empleados de los cafés barrían los adoquines y baldeaban sus terrazas con mangueras negras y agua plateada, y tampoco sus noches, cuando a veces olía a humo, o a castañas, y los ancianos se sentaban en sus taburetes de tres patas sujetando largas cañas y lanzaban al Sena los hilos con lombrices como cebo. No quería dejar a los libreros de las orillas del río, los puestos enmohecidos forrados de tomos viejos, amarilleados, a los pintores de paisajes que llegaban y embadurnaban sus óleos en los lienzos tensos, procurando captar lo que jamás podría captarse, sino solo esbozarse, convirti-

do en el fantasma de lo que ofrecía la ciudad. No quería dejar Shakespeare & Co., la librería inglesa, el eco, el largo largo eco de Hemingway y Fitzgerald, de las noches chapoteando en la fuente del Ritz, ni a un Joyce de ojos bizcos royendo su prosa como un ratón hambriento de papel impreso. Tampoco quería dejar las gárgolas, los sorprendentes y vigilantes ojos de piedra que observaban desde lo alto de las catedrales, desde Notre Dame y otras cien iglesias, sus rostros blancos a veces cruzados por un negro misterioso, como si la piedra pudiera retener lágrimas para soltarlas a lo largo de los siglos.

Dicen que nunca puedes dejar París; que París debe dejarte a ti si elige partir.

Yo quise llevarme París conmigo. Allí había leído *París era una fiesta*, *Adiós a las armas* y *Muerte en la tarde*. Los tenía todos en mi iPad, una minibiblioteca portátil de Hemingway, y aunque viajaba con Constance y Amy, también me acompañaba él.

Así que iba leyendo. Era tarde. Estaba en Europa, llevaba allí dos semanas y media. Me dirigía a Ámsterdam. Constance se quedó dormida a mi lado —iba leyendo *Vidas de los santos* y había emprendido un viaje espiritual, cuyo objetivo era leer y descubrir todo lo que pudiera relacionado con los santos, y ver todas las estatuas y representaciones que le fuese posible, cosa que alimentaba su pasión personal y era el tema de su tesis: la hagiografía— y Amy asomó la cabeza por encima del asiento de detrás de mí y empezó a charlar con un tipo polaco llamado Victor. Victor olía a sardinas y llevaba un chaquetón de trabajo, pero cada vez que decía algo que a ella le parecía una monada, Amy me daba un pequeño codazo, y su voz empezó a adquirir ese soniquete coqueto que indicaba que le estaba lanzando el cebo a un tío para pescarlo. Victor era guapo y encantador, con una voz que recordaba a Drácula, y se notaba que Amy tenía esperanzas.

Así estaban las cosas cuando apareció Jack.

—¿Puedes sujetarme esto? —me preguntó.

Yo no levanté la vista. No sabía que hablaba conmigo.

—Señorita —insistió.

Luego apretó una mochila contra mi hombro.

Levanté la vista. Vi a Jack por primera vez.

Nuestras miradas se cruzaron y ya no se apartaron.

—¿Qué? —pregunté, consciente de que a esas alturas uno de los dos tendría que haber apartado la vista.

Era guapísimo. De hecho, era más que guapísimo. Para empezar era alto, puede que pasase del metro noventa, y tenía buen cuerpo. Llevaba un forro polar verde oliva con unos vaqueros que le sentaban de tal manera que parecía la combinación más interesante de la historia. Alguien o algo le había partido la nariz hacía mucho tiempo y se le había quedado en forma de coma. Tenía unos dientes bonitos y una sonrisa que empezaba en unos hoyuelos un instante antes de que él mismo supiera que iba a sonreír. Tenía el pelo negro y rizado, pero no a lo afro, sino en plan de poeta muerto. También me fijé en sus manos: eran grandes y pesadas, como de alguien que no teme trabajar con ellas, y me recordaba —solo un poquito, muy poco, porque sonaba tonto decirlo incluso para mis adentros— a Hugh Jackman, el mismísimo Lobezno. Este tipo parecía despreocupado, una palabra quizá un poco exagerada pero precisa, un hombre que vivía detrás de un guiño como para indicar que pillaba la broma, que era cómplice, no la tomaba en serio, pero esperaba que le siguieras la corriente. Cuál era esa broma o qué podía significar en tu vida no quedaba del todo claro, pero lograba que las comisuras de mi boca se curvaran un poco para formar el espíritu de una sonrisa. Odiaba que me hubiera sacado una sonrisa, aunque fuese solo un acto reflejo, e intenté bajar la vista, pero sus ojos no me lo permitían. Me lanzó una mirada de lobo que apenas lograba disimular la broma, y no pude evitar oír lo que me pidió después.

—¿Puedes sujetar esto mientras yo me subo ahí? —preguntó, alargando la mochila de nuevo.

Sus ojos seguían fijos en los míos.

—¿Subir adónde?

—Ahí arriba. Al portaequipajes. Ya lo verás.

Me lanzó la mochila al regazo. Y pensé: «Podrías haberla colocado en el pasillo, Lobežno». Pero después observé cómo desenrollaba su saco de dormir en un hueco que había despejado en el portaequipajes de enfrente y tuve que admirar su destreza. También me vi obligada a admirar su trasero, y la V que formaba su espalda, y cuando se estiró para coger la mochila, bajé la vista llena de timidez y culpabilidad.

—Gracias —dijo él.

—No hay de qué.

—Jack —se presentó él.

—Heather —respondí yo.

Sonrió. Colocó la mochila como almohada en el portaequipajes y luego se encaramó él. Parecía demasiado grande como para caber, pero se metió a presión y después sacó una cuerda elástica y la ató a los soportes para evitar caerse si el tren tomaba una curva.

Me miró. Nuestros ojos volvieron a encontrarse.

—Buenas noches —susurró.

—Buenas noches —respondí.

## 2

Parece una locura, pero se puede saber mucho acerca de una persona por su aspecto cuando duerme. Yo tengo la manía de estudiarlo. A veces saco fotos de gente durmiendo. Constante lo llama mi serie de paisajes nocturnos. En cualquier caso, observé a Jack de manera intermitente, como en una película, porque el tren iba deprisa y las luces de fuera entraban a intervalos para iluminarle la cara. Se puede saber si alguien es nervioso o no, si es una persona asustadiza o valiente, bromista o seria, por sus gestos al dormir.

Jack dormía pacíficamente, boca arriba. Tenía unas pestañas abundantes —eran de calidad, parecían orugas— y de vez en cuando veía cómo le temblaban los ojos bajo los párpados en el ciclo REM. Tenía los labios ligeramente entreabiertos, de manera que podía verle los dientes, y mantenía los brazos doblados contra el pecho. Era un hombre muy atractivo, y me levanté dos veces para estirar la espalda y mirarlo con disimulo; las luces parpadeantes convertían la escena en una película en blanco y negro, como sacada de una cinta de Fellini.

Seguía contemplándolo cuando sonó mi teléfono. Era la mamasaurio.

—¿Dónde está mi chica aventurera? —preguntó mamá.

Su voz estaba impregnada de un toque de café matutino. Me la imaginaba en la cocina de Nueva Jersey, con su conjunto del día esperando en una percha en el piso de arriba mien-



tras ella tomaba su café y su desayuno sin carbohidratos en un diminuto plato en la cocina.

—En el tren hacia Ámsterdam, mamá.

—Ay, qué emoción. Ya has salido de París. ¿Cómo están las chicas?

—Muy bien, mamá. ¿Dónde estás tú?

—En casa. Tomándome el café. Papá se ha marchado un par de días a Denver por trabajo. Me pidió que te llamara porque aquí hay millones de cartas del Banco de América. Parecen cosas del departamento de recursos humanos, seguros médicos y ese tipo de asuntos, pero supongo que algunas serán importantes.

—Yo me encargo, mamá. Ya he hablado por teléfono con recursos humanos.

—Mira, yo solo te estoy pasando el recado. Papá tiene sus manías, ya lo sabes. Le gusta tenerlo todo controlado, y tú vas a trabajar para un amigo suyo.

—Ya lo sé, mamá —dije—, pero no me habrían contratado si no creyeran que estoy a la altura del puesto. Me he licenciado en Amherst con un 3,9 de media, y aparte de este me ofrecieron tres trabajos más. Hablo francés y un poco de japonés, escribo bastante bien y sé causar buena impresión en una entrevista si hace falta, y...

—Claro. —Mamá me interrumpió porque ya sabía estas cosas, lo sabía todo y yo me estaba poniendo dogmática, a la defensiva—. Claro, cariño. No pretendía insinuar lo contrario.

Respiré hondo. Intenté mantener la calma cuando volví a hablar.

—Sé que habrá papeleo, pero reservaré un tiempo antes de empezar en septiembre. Dile a papá que no se preocupe. Todo saldrá bien. Lo tengo bajo control. Ya sabes que siempre me encargo de estas cosas. No hace falta que se preocupe. Incluso puedo llegar a ser un pelín obsesiva con los detalles.

—Ya lo sé, cielo. Supongo que él tiene sentimientos encontrados. Quiere que conozcas Europa, pero también sabe que este trabajo es muy importante. La banca de inversiones, cariño, es...

—Ya lo pillo, mamá —dije, mientras me imaginaba que me levantaba del suelo con su cabeza de *Tyrannosaurus rex* muy despacio, y yo pataleaba. Cambié de tema y le pregunté por el gato—: ¿Cómo está el *Señor Periwinkle*?

—No lo he visto esta mañana, pero anda por ahí. Está muy torpe y lleno de bultos, aunque sigue comiendo.

—¿Le darás un beso de mi parte?

—¿Qué te parece si le doy una caricia de tu parte? Está asqueroso, cielo. Muy asqueroso. Me preocupa eso que tiene en la piel.

—Mamá, lleva quince años en la familia.

—¿Te crees que no lo sé? Soy yo quien le ha dado de comer y lo ha llevado al veterinario, ¿sabes?

—Ya lo sé, mamá.

Le di la vuelta al iPad. No me gustaba ver mi cara reflejada en el cristal mientras hablaba por teléfono. ¿De verdad me estaba enfadando con mi madre por culpa del gato mientras iba sentada en un tren con dirección a Ámsterdam? Parecía una locura. Por suerte, Amy me salvó al ponerse en pie y salir por un lado. Levantó las cejas haciéndome una pequeña seña. Vi que Victor la seguía por el pasillo, quién sabe con qué idea. Polonia estaba a punto de ser conquistada.

—Oye, mamá, estamos a punto de llegar a Ámsterdam —le dije una mentirijilla—. Tengo que recoger mis cosas. Dile a papá que me pondré con el papeleo en cuanto llegue a casa. Lo prometo. Que no se preocupe. He mandado un correo electrónico a la oficina y estoy lista para empezar en septiembre. Todo va bien. De hecho, parecen muy contentos de contar conmigo y se alegran de que me haya ido de viaje. Ellos me animaron a hacerlo, acuérdate, porque saben que cuando empiece voy a partirme la espalda en el trabajo.

—Está bien, cielo. Tú mandas. Cuídate, ¿vale? ¿Lo prometes? Te quiero. Dales un beso y un abrazo a las chicas.

—Está bien, mamá, lo haré. Te quiero.

Se acabó la conexión. La mamasaurio se adentró con paso cansino en el período Jurásico, hollando la roca firme con sus patas al pasar. Cerré los ojos e intenté dormir.